

Amor caballeresco.

Anastasio Rojo Vega.

Parece cierto que las dos fuerzas que mueven el mundo son el amor y la muerte. También lo de que para los hombres lo más importante es el sexo, siendo el amor y la seducción dos vías para conseguirlo, y para las mujeres el amor, quedando el sexo relegado a herramienta – se me permita – con que obtenerlo.

Lo digo porque, si se mira y escucha detenidamente, todo a nuestro alrededor son canciones y películas, libros y anuncios en los que se habla de amores deseados, desgraciados, desengañados y, más raramente, felices. Lo de la muerte raras veces ha inspirado el estro de poetas y cantantes desde que Jorge Manrique escribiera aquello de “Nuestras vidas son los ríos, que van a dar a la mar, que es el morir...”.

¡Cuidado que se sufre por culpa del amor! Y se me han olvidado las series de televisión y aquellas radionovelas con los que nuestras madres y abuelas repasaban calcetines, al huevo de madera y al calor de la cocina económica, engarzando lágrimas como lentejuelas entre puntada y puntada. Ama rosa y similares.

Hasta el Quijote es una fábula al estilo Corín Tellado, por más que la hayan magnificado. La historia de un calzonazos que andaba detrás de una tal Dulcinea, haciendo cosas que le llevaron a la gloria pero no a los brazos de la manchega. La gloria para el gato, dicen que dijo don Alonso Quijano, que era bueno pero no tonto.

Amor caballeresco. ¡Ja!. Tenía cuatro grados, por los que debía pasar el caballero como si de una carrera universitaria se tratara. La bella hacía de tribunal. Miraba. El pretendiente iniciaba el proceso como indeciso – seignayre en lenguaje trovadoresco -, pasaba a ser suplicante, llegaba a ser escuchado y finalmente amigo, es decir hombre afortunado que conseguía lo que quería, vulgo llevársela al huerto

¿Los que no? Idiotas empapados de *sensibilidad caballeresca* que se empeñaban en hacer las cosas difíciles. Don Quijote supo bien de hacer locuras para demostrar amores. Es que los aspirantes a amigos estaban obligados a realizar sin reflexión las órdenes más caprichosas, a llevar a cabo las acciones más peligrosas gratuitamente, sin esperar otra recompensa que la felicidad de obedecer a la amiga, según las leyes de la cortesía y del amor. La dama no debía a su servidor ni agradecimientos ni recompensas; los favores que ella se dignaba conceder no eran más que puro efecto de su generosidad. Ella era la domnei o domna, su dueña y señora; él, el condenado a domnear, a rendir el culto y los servicios que podían llevarle a ser admitido como domneiaire. Sí Héroe suena a Eros, domna y domneiaire evocan dominado y dominatrix.

¿Todo para qué? Para acabar cumpliéndose lo del refrán de Más vale llegar a tiempo que rondar cien años y que después de haber hecho la última ridiculez llegase uno con sex-apple y se llevase el oscuro objeto de deseo al de Melibea. ¿Dulcinea...?.

¿Y ahora qué?. Poesía: “hazme un sitio en tu montura / caballero derrotado, / hazme un sitio en tu montura / que yo también voy cargado / de amargura / y no puedo batallar // Ponme a la grupa contigo, / caballero del honor, / ponme a la grupa contigo / y llévame a ser contigo / pastor”.

Y si el día hubiera sido tan malo que además de perder a la manchega nos hubiéramos equivocado de caballero y subido a las ancas del penco de Lucky the Luck – el cow boy que disparaba más rápido que su sombra -, pues tomarle el silbido de la pradera – I am a lonesome boy... -, que no hay mal que cien años dure, y asaltar los 40 Principales. Yo letra y tú música ¿Vale Lu? ¿Título? Lo importante es sobrevivir.